



Un joven que está de viaje se topa con un cadáver en las afueras de una aldea. Cuando pregunta por qué no lo han enterrado, los aldeanos le dicen que el muerto tenía deudas y que sus acreedores están denegando el permiso para darle sepultura hasta que se hayan saldado esas deudas. Aunque no es rico, el joven paga de inmediato lo que se debe y se celebra el entierro.

Esa noche se le aparece el muerto para darle gracias. En señal de agradecimiento, se ofrece a acompañar al joven en sus viajes y a entregarle el beneficio de los poderes espirituales que la muerte le ha concedido a él. Su única condición es que todo lo que ganen a raíz de sus aventuras se lo tendrán que dividir a partes iguales. El joven acepta y los dos se ponen en marcha juntos. Durante un año todo va bien: no paran de caerles tesoros en las manos y se los dividen siempre a partes iguales.

Hasta que un día conocen a una mujer, joven y atractiva. Y de pronto se les presenta un problema en apariencia irresoluble: cómo dividirse a la mujer en dos partes iguales.

Leí este cuento folklórico en la universidad y me quedé muy impresionado. Durante muchos años lo tuve en mente





como posible premisa para un relato, pero nunca se me ocurrió la manera de usarlo y al cabo de un tiempo se me empezó a borrar de la cabeza. Me olvidé de en qué libro lo había leído, me olvidé de los detalles de las aventuras que tenían los dos hombres antes de conocer a la mujer y hasta me olvidé de cómo solucionaban el problema de repartirse a la mujer.

No me volví a encontrar con aquel cuento hasta después de los ataques al World Trade Center. Estaba intentando encontrar cierta digresión sobre el islam en mi vieja edición de Penguin de los *Tristes trópicos* de Claude Lévi-Strauss cuando vi un pasaje que debía de haber marcado la primera vez que leí el libro, treinta años atrás. Era el relato que había olvidado: una versión de lo que por lo visto es un motivo universal del folklore, conocido como «El cadáver agradecido». Al parecer, el relato no contenía ningún detalle de las aventuras de los dos hombres antes de conocer a la mujer, así que al fin y al cabo en aquel sentido no me había fallado la memoria. Pero sí que resolvía la cuestión de cómo dividirse a la mujer. Resultaba que estaba embrujada: era mitad mujer y mitad demonio. Al muerto sólo le interesaba su faceta diabólica y se quedaba únicamente con aquella parte, dejando a un ser humano cuerdo y sociable, apto para casarse con el héroe.

En otoño de 2003 impartí un taller de narrativa en el posgrado de escritura creativa de un centro que llamaré el Morgan College, situado en la ciudad de Nueva York. Vivo en el norte del estado, pero mi mujer y yo habíamos vivido en Greenwich Village y por entonces todavía conservábamos nuestro apartamento de renta controlada de un solo dormitorio, compartiéndolo con una mujer de Baltimore a quien se lo podíamos subalquilar gracias a que ella sólo lo usaba





los fines de semana. El arreglo me permitía aceptar trabajos como aquél en la ciudad.

Entre los estudiantes de mi clase había una mujer a la que llamaré Nasreen. Tenía treinta y tantos años y era callada y reservada. Su trabajo no se sometió a discusión hasta unas semanas después de que empezara el semestre, y hasta entonces no me había fijado mucho en ella, sólo en el hecho de que se sentaba al fondo del aula y no en la mesa grande alrededor de la cual nos sentábamos la mayoría de los alumnos y yo; quizás fuera tímida, o altiva, o un poco de ambas cosas.

Cuando le llegó su turno, entregó el primer capítulo de una novela. Estaba ambientada en Teherán en la década de 1970, durante los últimos días del Sah, y seguía las vidas de varios miembros de una familia adinerada y cercana al círculo íntimo del Sah. Su ambición —urdir una narración que aunara sucesos históricos y políticos con un drama familiar a gran escala— se hizo evidente enseguida. Y todavía era más evidente la calidad de la escritura. En cualquier taller casi nunca hay más que un par de alumnos que parezcan tener talento natural, y se los ve enseguida. Después de leer unos cuantos párrafos ya vi claro que Nasreen era una de ellos. Tenía un lenguaje claro y vigoroso y una expresividad fogosa muy marcada en los pasajes más dramáticos que hacía que fuera todo un placer leerla. Me quedé extremadamente impresionado.

Aunque llevo veinte años impartíendolas de forma esporádica, nunca he cursado una clase de escritura creativa, nunca han «discutido» mis textos en un taller, como suele decirse. Imagino que debe de ser una experiencia poderosa e inquietante: una versión en miniatura de todo el proceso de sacar un libro, donde las correcciones, la publicación, las reseñas y las ventas se comprimen todas en media hora tumultuosa. Estás ahí sentado, escuchando a una sala llena de gente valorar algo





nacido de las regiones más profundas de tu psique y producido por medio de unos esfuerzos que seguramente te han llevado al límite de tus capacidades. Esas diez o quince páginas son el escritor que eres en ese momento —completamente expuesto—, y la discusión va a tener un impacto emocional muy fuerte sobre ti. Sea cual sea el veredicto general, lo más seguro es que vayas a salir sintiéndote abrumado, ya sea por la euforia o por la desesperación.

La reacción de la clase al capítulo de Nasreen fue favorable, aunque quizás no tan cálida como yo había esperado. Fui el último en intervenir, como de costumbre, y es posible que aquella ligera falta de calidez me hiciera mostrarme más enfáticamente entusiasta de lo que habría sido de otra manera. No me acuerdo de qué dije, pero sí de que cuando me puse a hablar cambió la atmósfera: los alumnos asumieron un aire de atención vagamente sarcástica mientras escuchaban desde sus sillas mis palabras de elogio. No lo interpreté como envidia, sino más bien como la asimilación reticente de la idea de que la clase, que hasta ahora había mostrado unas capacidades bastante uniformes, iba a tener una estrella a fin de cuentas, y que esa estrella iba a ser Nasreen. No era necesariamente una idea calamitosa, aunque sí que requería cierta adaptación.

Nasreen pareció contenta con el resultado de la sesión, aunque en contra de mi hipótesis general no pareció abrumada, y ciertamente no mostró la efusividad que muestran otros alumnos después de una respuesta positiva. Sospeché que tenía confianza en sus capacidades, y que sin duda se alegraba de que se las reconocieran, pero que era demasiado crítica consigo misma como para que le afectaran las opiniones ajenas. Y aquello, aquella reacción impertérrita, me pareció otro rasgo de una verdadera escritora.

Aquel trimestre entregó dos capítulos más. Los dos reafirmaron mi impresión de su talento, aunque también hicieron





evidente que se había impuesto a sí misma un desafío considerable con su reparto enorme de personajes y su decisión de acompañar la acción de densos análisis históricos. Los cambios de punto de vista resultaban un poco toscos y bruscos, y no había encontrado la forma de incorporar las cuestiones históricas al relato, de forma que se había limitado a ir dejándolas caer aquí y allá como entradas de enciclopedia sin digerir.

Como era su tutor, hacia el final de aquel trimestre me reuní con ella unas cuantas veces en horario de oficina y hablamos de aquellas cuestiones y de otras. Aunque me seguía dando la impresión de que se guardaba una parte de sí misma, en privado se abría un poco más que en la clase. Me demostró que sabía burlarse de sí misma y se rio de la locura que era —tal como ella lo percibía— embarcarse en aquel proyecto tan grande. Y a su manera discreta también parecía sentir curiosidad por mí: me preguntó cómo había llegado a ser escritor, en qué estaba trabajando ahora y cuáles eran mis novelistas favoritos.

Tal como yo había supuesto, la familia de su novela estaba basada en la suya, que había huido de Irán a Estados Unidos a raíz de la revolución de 1979, siendo ella niña. Yo recordaba haber seguido aquellos acontecimientos: los fragorosos discursos que pronunciaba el Ayatolá desde el exilio, la caída del Sah y del aparato del SAVAK, las gigantescas manifestaciones en las calles y los primeros vislumbres de lo que iba a ser un régimen islámico radical cuando empezaron a publicarse decretos en relación con los libros, el alcohol y la indumentaria. Yo tenía veinte años, y era la primera revolución que me pillaba lo bastante mayor como para prestarle una atención real. Londres, donde yo vivía, estaba llena de exiliados y refugiados iraníes, entre ellos unos amigos de mi familia que unos años atrás habían llevado a mis padres a ver los monumentos de Isfahán y de Persépolis. El viaje había causado una gran





impresión en mi padre, arquitecto, y como pasaba siempre que algún tema captaba su imaginación, se estableció un vínculo vibrante entre aquel tema y nuestra casa entera. Aparecieron fotos en las estanterías: leones de piedra, cúpulas azules, arcos con celosías y cielos desérticos de fondo. En las mesillas de café había libros abiertos sobre arquitectura mogol. En un nicho iluminado de nuestra sala de estar se instaló un pequeño fragmento de columna que mi padre había adquirido y sacado ilegalmente del país. Desde entonces, y por mucho que no acompañara a mis padres en aquel viaje, he sentido interés — para ser más exactos, una especie de derecho latente y hereditario a sentir interés— por la cultura persa.

Con todo esto quiero decir que, cuando Nasreen me habló de su familia, se despertaron ciertos recuerdos en mí, y a mi humilde manera sentí cierta conexión personal con ella.

Su apariencia me empezó a transmitir, con el tiempo, la misma confianza natural en sí misma que sus modales en clase. Llevaba vaqueros de aspecto suave y descolorido pero caro y una chaqueta marrón hasta la cintura que tenía un corte al mismo tiempo militar y femenino y enfatizaba su aura de autosuficiencia. Solía llevar el pelo oscuro recogido, pulcramente pero con unos cuantos mechones sueltos. Su cara de huesos finos y provista de unas facciones que se entretejían delicadamente tenía la misma tez amarillenta olivácea que la mía. La línea de sus ojos castaños tenía esa curva ascendente en los rabillos que recuerda —o por lo menos me lo recuerda a mí— a las florituras con forma de cimitarra de la escritura árabe.

Durante una de nuestras conversaciones mencionó que estaba prometida. Aquello me llamó la atención: no tanto el hecho en sí como la palabra. Aunque no exactamente anticuada, sí que sugería un nivel de relación muy distinto a los líos informales que yo daba por sentado (basándome en lo que escribían) que constituían la norma entre mis estudiantes.





También concordaba con la visión que yo tenía de ella como escritora. Había algo novelesco en la actitud hacia la vida que aquel detalle evocaba: una sugerencia de progresión, coherencia y emociones intensas maximizadas por una estructura sólida. En suma, yo lo aprobaba.

Aquel verano Nasreen se graduaba, y como entonces yo dejaría de darle clase, ya no esperaba volver a verla ni saber más de ella. En la medida en que me la imaginaba después de nuestra reunión final, me la imaginaba adentrándose en un futuro luminoso de logros artísticos y personales.

Pasaron dos años, durante los cuales no supe nada de Nasreen. Y luego, en diciembre de 2005, me mandó un correo electrónico para decirme que había terminado un borrador de su novela y preguntarme si me la quería leer.

Yo acababa de terminar las clases de aquel curso en el Morgan College y me había organizado para no tener que impartir más hasta el otoño siguiente. Por mucho que admirara el trabajo de Nasreen, durante aquel periodo no quería dedicar tiempo a leer ni a pensar en la escritura de ningún alumno o ex alumno. Así pues, con toda la cortesía que pude, rechacé su petición. Pese a todo, sentí la confianza suficiente como para ofrecerle la posibilidad de recomendarla a mi agente —la llamaré Janice Schwartz—, que estaba buscando clientes y a quien creí que le podía interesar el trabajo de Nasreen.

Nasreen me dio las gracias cortésmente por mi ofrecimiento; me dijo que ya se habían interesado por ella otros agentes, así como un par de editores, y me pidió consejo de cara a mover el libro.

Durante las semanas siguientes entablamos una correspondencia amigable por correo electrónico. Por entonces yo

